

# Los afortunados

Danielle Navarro

Profesora de literatura, daniellenavarrob@gmail.com

De las parejas de casados que Nathaly conoce, esta es la única feliz. No ha sido nada fácil, por supuesto, pero el amor lo puede todo y la gente cambia. De eso está convencida Laura, su amiga, y sí, hay que reconocer que Jacobo ha cambiado.

Es agosto y ha hecho un calor insoportable en los últimos días. Laura cumplió años hace casi un mes y esta es la ocasión perfecta para encontrarse de nuevo con Nathaly, a quien no ve hace rato. Quiere celebrar la vuelta al sol, eso le dijo, y el tránsito de la estrella gigante por la constelación de Leo, que no solo conmemora su vida sino también el primer año de matrimonio. Nathaly recuerda a Laura hermosa el día de la boda con un vestido blanco de mangas largas y transparentes, bordeado de perlas pequeñas en el cuello y una diadema de flores de plata a modo de corona. “Estás muy bella”, le dijo, aunque demasiado maquillada.

Jacobo les abre la puerta a Nathaly y a su pareja, Nicolás. Ella se fija en el reloj plateado, que seguramente le regaló Laura, el jean oscuro y el camibuso azul pastel, y entonces piensa “sí, hay que reconocer que Jacobo ha cambiado”. A lo mejor no le habría pedido matrimonio a Laura tan pronto —apenas llevaban un año de novios— pero Laura empezó a presumir entre sus conocidos que ya estaba lista para que le pidieran la mano. A todos les mostraba el dedo, sin anillo y con expectativa. Nathaly no se habría imaginado a un tipo como Jacobo en una boda. Nunca. Él, un hombre acostumbrado a dejar la puerta ajustada en todas las habitaciones...

—Si quieres algo serio y para toda la vida debes hacer lo posible por parecer la última oportunidad en la vida de un hombre —dijo esa vez Laura. Levantó la mano y le mostró el dedo a Nathaly.

—Oh, por fin el anillo —respondió Nathaly.

Laura piensa que a cualquier hombre difícil de comprometerse en una relación le basta con el temor de saberse en su último chance. “Di que te salió una oportunidad en el exterior o que en tu vida apareció otra persona que sí tiene visión de futuro. Con los hombres siempre funciona”. Nathaly no piensa lo mismo. A lo mejor Jacobo se dio cuenta a los 40 años de que se podía quedar soltero y, peor aún, ser para siempre un tipo pobre. Y la verdad es que con Laura tuvo suerte. Si persiste en la relación tendrá seguridad económica por el resto de su vida. Si se porta bien. Todo a cambio de la ilusión de bienestar que produce un buen matrimonio.

Las dos parejas están ahora en la sala de la casa. Jacobo prende un cigarrillo electrónico y le acaricia las piernas a su mujer. Le dice que está hermosa. El iluminador le resalta los pómulos; el labial anaranjado, la sonrisa. El pelo negro y largo natural le rueda por el escote de un vestido blanco.

—¿Alguien quiere mojito? —Laura se agarra la parte inferior del vestido para que no se le vea nada cuando se levante del mueble, y se agacha para darle un beso a su esposo. Nathaly y Nicolás la ven de espaldas cuando se inclina, ven cómo el vestido se le encarama, cómo se le forran las nalgas y se le ven las piernas bronceadas, y sí, qué hermosa estás, Laura, pero Nathaly prefiere voltear la mirada y evitar el cuerpo de su amiga.

Laura va a la cocina y sirve bebidas para todos. Trae los cocteles en una bandeja y se mueve con habilidad. Podría ser mesera o montar un bar, ella es buena para todo. Jacobo le acaricia las piernas y le dice que es la mujer más linda del mundo.

“¿No les parece?”, pregunta, y ella dice que tan bobo, encantada con la fascinación de su esposo.

—Nosotros también somos felices, ¿cierto? —le pregunta Nathaly a Nicolás y le acaricia la pierna. Él asiente con la cabeza y dice que sí, que nunca antes había sido tan feliz.

—¿Cómo vas en el trabajo? ¿Has encontrado algo estable?

La pregunta viene de Laura y está dirigida a Nathaly; es antropóloga y no ha sido fácil para ella encontrar un buen empleo.

—Está difícil —dice Nathaly.

—¿Qué es lo que hace un antropólogo? —pregunta Laura.

Nathaly está acostumbrada a responder esa pregunta. Explica que a veces salen proyectos sociales grandes y que ahí siempre cae bien un antropólogo.

—La cosa es que las empresas reciben 100 o 200 hojas de vida en cada convocatoria y normalmente prefieren contratar a alguien que ya conocen. Así es muy duro. Definitivamente, está difícil.

—Te entiendo —Laura se levanta de la silla y empieza a caminar por la sala de un lado a otro, como cada vez que da una conferencia de coaching.

—¿Qué tal si —continúa Laura— en vez de decir que esto está difícil, lo asumes como una oportunidad?

Laura asesora emprendedores y está convencida de que, si uno se esfuerza, la vida mejora. —¿Una oportunidad para qué? ¿Para aprender a buscar trabajo? —replica Nathaly.

—Sí, también puede ser. Pero me refiero a que deberías cambiar tu actitud ante la vida.

Nathaly evita a Laura y concentra la mirada en los zapatos de Jacobo, en el reloj de Jacobo, en el camibuso de Jacobo, en lo impecable que te ves, Jacobo.

—¿Qué tienes en el hombro? —Nathaly señala el hombro de Jacobo y todos voltean a mirarlo.

—Ah, es una mariposa —Jacobo responde como si el insecto le resultara familiar. Gira la cabeza hacia su hombro y lo coge con los dedos.

—Natha —insiste Laura— préstame atención. Te juro que el secreto está en tener una disposición de apertura hacia la abundancia.

—Seguro que sí —responde Nathaly.

—Qué tontería —replica Nicolás—. ¿A cuántas personas les dices esto mismo?

—Verdad. ¿Le das este mismo consejo a todo el mundo, mi amor? —dice Jacobo, mientras juega con el insecto.

—Demás que hay alguien con más apertura a la abundancia que se le adelanta en todo a Nathaly —añade Nicolás y se ríe.

—¿Qué estás haciendo?! —exclama Laura.

—Nada, mi amor. Es una mariposita de agosto.

—¿Pero qué le estás haciendo? —Laura está asqueada, se cubre la cara con una mano y observa de reojo cómo su marido desprende las alas de la mariposa, las antenas de la mariposa, las patas de la mariposa.

—Sabes que me gustan las mariposas.

—Déjala, Jacobo, estás demente con esos insectos.

—Muéstrame —le pide Nathaly y le extiende la mano. Toma un pedazo del ala de la mariposa y la pone contra la luz —Qué bonita— dice y devuelve el ala a Jacobo.

—Sí, es muy bonita —dice Jacobo—. Últimamente han venido muchas mariposas. Me gusta guardar las alas.

—¿Guardar las alas?

—Sí, tengo una cajita.

—A ver, gas. No vamos a mirar mariposas ni cajas en mi cumpleaños —dice Laura—. Más bien, propongo un brindis por Nathaly, que va a cambiar de actitud y a conseguir trabajo pronto.

—Eso, eso, ¡salud! —dice Jacobo.

—¡Salud!

Gracias por el apoyo, piensa Nathaly mientras sonríe. Se deleita con la imagen de los dedos de Jacobo jugando con la mariposa, ve la cajita con las alas de las mariposas, con las antenas de las mariposas, con los pedazos de belleza de las mariposas. Lo que uno necesita, Laura, es tu fortuna.

Jacobo saca del bolsillo unas goticas y les ofrece a todos. Dice que son relajantes y que caen muy bien en las fiestas. Jura que solo las compró con ocasión del cumpleaños y que hacía rato no consumía nada. Se las vendió su dealer de confianza. Dice que hoy se las merecen por la celebración de Laura. Las drogas se convierten en méritos cuando te ha costado dejarlas. De repente, te las mereces. Solo un poquito. Laura está contenta y siente curiosidad. Le queda sonando lo del mérito. ¿Por qué no? El día del cumpleaños todo se vale.

Jacobo y Laura se besan, Nicolás los mira. Nathaly le pone la mano a Nicolás en la pierna y él la acaricia. Le pregunta si está bien, él dice que sí y va al baño. Nota que Jacobo la mira mientras está besando a Laura y ella sostiene la mirada, sigue el recorrido de esos dedos que acarician a Laura.

—¿Por qué no te mides el body que te dieron de cumpleaños? —le pide Jacobo a su esposa—. No he visto cómo te queda.

—¿Aquí, delante de todos? —pregunta ella, y él le dice que sí. Jacobo quiere que todos sean testigos de lo hermosa que es su esposa. Ya todos lo saben, pero él quiere que la miren más. Sobre todo, desea que miren cómo él tiene acceso a la totalidad de su belleza. Laura va a la pieza y se pone el body. Deja la puerta abierta. Le dice a Jacobo que vaya, que le ayude con algo. Desde la sala se oyen las risas de Laura. Salen cogidos de la mano. Laura se ve preciosa. Da una vuelta, modela. Es como un vestido de baño dorado de manga larga. Te quedaría bien con una falda, le dice Nathaly. Jacobo le acaricia la nalga y Laura parece sentirse a gusto. Cuando era niña hacía ballet y solía usar ese tipo de trusas. Se ve cómoda con esa ropa forrada, le queda bien a una mujer como ella. Nicolás le dice que el body le luce, que se ve linda, y Nathaly siente un ardor sutil al ver cómo Nicolás mira a su amiga.

—Póntelo tú —le dice Jacobo a Nathaly, y ella, extrañada pero curiosa, busca a Nicolás con la mirada.

—Póntelo, si quieres —dice Nicolás y le acaricia la espalda.

—No, gracias —Ella no quiere. Hace días que no se rasura y los pelos púbicos se le riegan por las piernas. No hacía ballet cuando era niña ni invierte dinero en los cuidados del cuerpo y de la piel. Lo que uno necesita, Laura, es tu fortuna.

—Póntelo —insiste Nicolás, pero Nathaly dice que no.

Suena la canción *The look* de Metronomy y Laura empieza a bailar. Domina su cuerpo en el espacio como cualquier profesional de la danza, aunque dice que hace muchos años dejó de bailar. Se mueve sola con esa trusa por todo el corredor de la sala con los ojos cerrados. Sabe que la están mirando y eso le gusta. *And now you're giving me the look look. But just remember how we shook shook.* Laura canta y le dice a Nathaly que bailen juntas. El efecto de las gotas ya empieza a sentirse. Nathaly se quita la chaqueta y se levanta. Cierra los ojos. Se mueve con sutileza, sonrío mientras baila. Laura gira sobre sí misma, una y otra vez, baja, sube, baja, abre las piernas. Como una profesional aunque no baile en serio hace mucho tiempo.

Las horas pasan y nadie se da cuenta. Han sonado varias canciones. Laura pone una de C. Tangana, que a Nicolás le encanta, y Nathaly de pronto se da cuenta de que su novio se ha ido. Él no probó las gotas, tal vez se fue a dormir. El cuarto de visitantes está cerrado, ahí debe de estar Nicolás. Siente que se aleja y lo suelta, ve cómo el hombre que ama se desprende de ella.

Laura dice que siente sed y va por un mojito que saca de la nevera. Está frío, lo toma rápido, como una soda saborizada, y se deja caer en el sofá. Dice que está mareada. No se siente bien. Se quiere acostar. Tomó y bailó mucho. Jacobo la acompaña a la pieza y dice que en un rato vuelve a la sala para que Nathaly no esté sola.

—¿O te quieres dormir ya? Puedes ir al cuarto de visitantes.

Nathaly prefiere quedarse sola en la sala. Al frente del sofá en el que está sentada hay una pared blanca con un reloj. Son las 3 de la mañana y se siente cansada. Observa la casa de sus amigos. Una cocina grande que parece un bar. Las paredes blancas y sin cables desordenados ni regados por el piso, como en la casa suya y de Nico. Lo que la gente necesita, Laura, es tu fortuna. Pasa una hora. Nadie sale de ningún cuarto y ella se siente más sola en una casa hermosa que no es suya. De pronto deja de escuchar las canciones. Cae sorda por unos segundos. Cree que son apenas segundos, pero abre los ojos y advierte que se quedó dormida en el sofá. Son casi las 5. La música sigue

sonando. Ve las imágenes de Laura bailando con la trusa dorada y a Nicolás, que se aleja.

La puerta del cuarto principal está entreabierta y ella se quiere acostar. Se asoma y ve que sus amigos están dormidos, quiere estar con ellos. La cama es grande y están separados. Nathaly se quita los zapatos en la puerta y entra despacio. Se sienta al lado de Laura. Todavía huele rico. Tiene una pijama de bata ancha, seguro que Jacobo la vistió antes de dormir. El cuerpo de su amiga es visible a través de la tela transparente de la pijama. Qué hermosa eres, Laura. Nathaly acaricia la piel de su amiga, el cuello de su amiga, los brazos de su amiga. La tela de la pijama se corre y se ven los senos de Laura, hermosos los pezones de Laura, un poquito de relieve difuminado en la piel, sin un cambio muy abrupto de color. Nathaly quiere tomar un poco de esa piel para guardarla en una cajita. Se recuesta en la cama al lado de su amiga, pasa los dedos por el pecho de su amiga, suavemente para que no se despierte, como si acariciara una mariposa. Pero Nathaly quiere más, aprieta los senos de Laura, desea morderla, desollarla con los dientes y los dedos, explorarla por dentro, penetrar en su secreto. Cuando descubres que lo hermoso no te pertenece, de repente lo quieres destruir, como el niño que destroza la mariposa. Nathaly advierte que Jacobo la mira, que se está tocando mientras la mira y que se pone el dedo índice en la boca. Le pide silencio, le acaricia las mejillas, le toca los brazos y el cuello. A ella le gusta. Le gusta mucho, pero el placer nunca es suficiente. Lo que una necesita, Laura, es tu fortuna. Suenan los pájaros de la madrugada. Pronto serán las 6. ¿Nicolás sí estará en la otra habitación? Nathaly se levanta de la cama matrimonial y sale del cuarto con sigilo. Recordará con deleite la sensación de los dedos de Jacobo en su cara, en su cuello, en sus brazos, pero después, como las otras veces, hará lo posible para olvidarlo. ■